



SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Patrono de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Homilía de Monseñor Jorge Patricio Vega Velasco,
Obispo de Valparaíso y Gran Canciller de la PUCV

*Los designios del corazón de Dios permanecen para siempre.
Él salva a sus fieles de la muerte y los sustenta en el tiempo de indigencia.*
Antífona de entrada · Sal 32, 11.19

I. ESTE LUGAR GUARDA UNA MEMORIA

Hermanas y hermanos, hoy volvemos al origen. Esta capilla del Sagrado Corazón de Jesús alberga algo más que piedra y silencio: guarda la memoria de una audacia. Aquí, donde todo comenzó, donde los fundadores de esta Universidad elevaron su petición a Dios antes de trazar cualquier plano o dictar cualquier clase, se levanta hoy nuestra asamblea para celebrar la Solemnidad de aquel que es nuestro patrono, nuestro fundamento y, en definitiva, nuestro destino.

La antífona de entrada de esta misa nos promete que los designios del corazón de Dios permanecen para siempre. Los proyectos humanos nacen y mueren, las instituciones se transforman, los siglos pasan; y sin embargo algo persiste: la voluntad de Dios de salvar, de sustentar, de acompañar. Esa voluntad tiene un nombre visible en la historia: se llama Jesucristo, cuyo corazón abierto en la cruz derramó sobre el mundo un amor que se entrega sin reserva.

En este año en que la Iglesia ha recibido la primera encíclica del Papa León XIV —Magnífica Humanitas— sobre la custodia de la persona humana en la era de la inteligencia artificial, la antífona de este día adquiere un peso nuevo: si Dios sustenta a los suyos en el tiempo de indigencia, ¿cuál es la indigencia que hoy amenaza a la humanidad? León XIV la señala con claridad: es el riesgo de perder nuestra humanidad misma, de consentir que la técnica decida lo que solo el amor puede discernir.

II. DIOS ES AMOR: LA FUENTE QUE SOSTIENE TODA MISIÓN

La segunda lectura que acabamos de escuchar —la primera carta de Juan— es el fondo luminoso sobre el cual todo lo demás cobra sentido. «El que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). Juan habla de una inhabitación mutua: un *estar-en* que transforma desde

adentro. La universidad que quiere permanecer en Dios debe permanecer en el amor. Y permanecer en el amor es, para nosotros, amar como Él amó: haciéndonos cargo del otro, especialmente del más frágil.

Este texto joánico es el corazón teológico del Sagrado Corazón. Si el costado abierto del Señor es símbolo de su amor total, entonces venerar ese corazón es comprometerse con la misma lógica del amor que sale de sí, que busca, que incluye, que forma. Por eso esta Universidad lleva este patronazgo: porque en su origen hubo quienes comprendieron que educar es, antes que todo, un acto de amor. Conocer, custodiar y transmitir nacen del amor, o se quedan en simple administración del saber.

III. CONOCER, CUSTODIAR, TRANSMITIR: LA MISIÓN A LA LUZ DE MAGNIFICA HUMANITAS

«En la era de la inteligencia artificial, tenemos el deber urgente de permanecer profundamente humanos, custodiando con amor esa magnífica humanidad que se nos ha dado y revelada en plenitud en Cristo, y que ninguna máquina podrá jamás sustituir en su esplendor». Con estas palabras, el Papa León XIV inaugura *Magnifica Humanitas*. La encíclica es, en su núcleo, una defensa de la verdad sobre el ser humano: que la persona es imagen de Dios, que su dignidad precede a todo cálculo, y que el progreso auténtico solo nace de una voluntad orientada al bien. Para la PUCV, este llamado papal resuena con una familiaridad profunda, porque los tres verbos que he usado en la carta pastoral sobre el centenario de la primera piedra, con que esta Universidad expresa su identidad —conocer, custodiar, transmitir— son exactamente los verbos que Magnifica Humanitas le pide a toda institución que se tome en serio la humanidad. Conocer: buscar la verdad con rigor y con libertad, sin ceder a la ilusión de que un algoritmo puede sustituir la pregunta genuina. Custodiar: guardar lo que vale, proteger la dignidad de quienes aprenden y enseñan, defender una concepción del ser humano que la eficiencia técnica tiende a reducir a dato o función. Transmitir: entregar esa herencia a quienes vienen después, con la generosidad de quien sabe que el conocimiento es un bien recibido, nunca solo producido.

La inteligencia artificial tiene un poder real y creciente. Puede procesar millones de datos en segundos, optimizar procesos, ampliar horizontes de investigación. Todo eso puede ser puesto al servicio de la misión universitaria. Pero la ética de ese uso exige precisamente lo que la PUCV afirma desde su identidad católica: que la tecnología sirve a la persona y nunca al revés; que la búsqueda de la verdad tiene una dimensión moral que ningún sistema puede asumir por nosotros; y que la formación integral de la persona requiere vínculos, presencia y amor, realidades que permanecen irreductibles a cualquier automatización.

León XIV es taxativo al respecto: la inteligencia artificial debe ser «desarmada» de la lógica que la convierte en instrumento de dominación, exclusión o reducción del ser humano. Para una universidad, esa «desarmadura» se llama formación ética: enseñar a usar las herramientas tecnológicas desde una comprensión clara de la dignidad humana, la justicia y el bien común. Esa formación es precisamente lo que la identidad católica de la PUCV habilita y reclama.

Esa misma ética del uso alcanza el espacio donde cada miembro de esta comunidad actúa a diario: las redes sociales. León XIV advierte que los algoritmos que estructuran esos espacios pueden amplificar la fragmentación, alimentar la desconfianza y reducir al otro a una imagen o a un dato. La PUCV está llamada a que sus integrantes —académicos, estudiantes, funcionarios— habiten también ese espacio digital con la misma lógica del corazón: con veracidad, con cuidado de la dignidad ajena, con la voluntad de buscar lo que une más que lo que separa. Las redes sociales pueden ser espacios de Babel o espacios de comunión; esa elección la hace cada persona, cada vez que publica, comparte o responde.

IV. UNA COMUNIDAD QUE SE DETIENE PARA VOLVER AL CORAZÓN

Hace tan solo unos días, el pasado viernes, algo significativo ocurrió en esta Universidad. La Cátedra de Identidad Católica convocó a las unidades académicas y administrativas de todos los campus y sedes a detenerse —literalmente, a pausar el ritmo habitual— para reflexionar juntas sobre el Sagrado Corazón de Jesús, a la luz de la encíclica *Dilexit Nos* del Papa Francisco. Académicos, estudiantes y personal de apoyo a la academia compartieron preguntas de fondo: ¿qué gestos de proximidad hacen falta en nuestra unidad para que nadie quede solo? ¿Cómo puede nuestro trabajo nacer de un corazón que sale al encuentro de las necesidades reales de la ciudad y del país?

Esta jornada —parte de un mes que la Cátedra de Identidad Católica articula bajo los signos de la reflexión, la celebración y la memoria— revela algo esencial sobre la PUCV: que su identidad católica es una práctica viva. La «ciencia de los gestos», como la llama *Dilexit Nos*, recuerda que el conocimiento se transmite también con la forma en que nos hacemos presentes: un saludo atento, una escucha paciente, la cercanía ante el error o ante el fracaso. Esos gestos construyen comunidad; esa comunidad custodia la humanidad; esa custodia es la misión.

Una universidad que es capaz de detenerse para contemplar tiene en sí el germen de la transformación que el mundo necesita. Lo que ocurrió el viernes pasado tiene un nombre teológico preciso: es una comunidad que contempla y que vuelve a su fuente para salir renovada. Y esa fuente es la que hoy celebramos: el Corazón de Cristo, que es éxtasis, salida y donación, y en el cual, como afirma *Dilexit Nos*, nos volvemos capaces de construir en este mundo el Reino de amor y de justicia. Y hoy, en esta Misa institucional, ese camino comunitario llega a su culmen.

V. UNIDAD DESDE LA VERDAD: CONECTORES DE COMUNIÓN

Magnifica Humanitas nos entrega una imagen que ilumina todo esto con fuerza particular. El Papa León XIV escribe que la humanidad se encuentra ante una encrucijada: «levantar una nueva torre de Babel o edificar la ciudad donde Dios y la humanidad habiten juntos». La lógica de Babel es la de la autosuficiencia técnica, la fragmentación del conocimiento en compartimentos que ya no se hablan, la sustitución de la verdad compartida por la eficiencia individual. La lógica de la ciudad santa es la opuesta: unidad desde la verdad, comunión desde el amor, progreso orientado al bien común.

Esta afirmación del Papa es, para la PUCV, un espejo y un programa. Un espejo: porque refleja lo que esta Universidad ha elegido ser desde sus orígenes, una casa donde fe y razón se encuentran, donde la búsqueda de la verdad y el compromiso con la persona van de la mano. Un programa: porque en cada época esa elección debe renovarse, y la era de la inteligencia artificial es una de esas épocas que exigen renovación explícita.

La unidad de la PUCV se construye desde la identidad católica común, que es su suelo más firme. Una identidad que saben custodiar quienes enseñan con vocación de servicio; quienes investigan con honestidad intelectual; quienes administran con sentido de bien común; quienes estudian con la conciencia de que su formación es un don recibido y una responsabilidad asumida. Esa identidad compartida es lo que hace posible que una comunidad tan diversa —en disciplinas, funciones, edades y perspectivas— pueda ser genuinamente una.

Como Gran Canciller, los invito a ser conectores de comunión: a tender puentes donde la dispersión tiende a fragmentar; a cultivar una inteligencia colectiva orientada a la verdad; a usar las herramientas tecnológicas con la sabiduría que nace del Evangelio. Esa es la tarea que el Sagrado Corazón nos encomienda en este tiempo de celebraciones del primer centenario: ser, en este tiempo de inteligencia artificial, una universidad que custodia la magnífica humanidad, que transmite lo que vale y que conoce desde el amor.

VI. PERMANECER

La antífona de entrada nos promete que los designios del corazón de Dios permanecen para siempre. En tiempos de cambio vertiginoso, esa permanencia es nuestra ancla. Los algoritmos se actualizan; las plataformas cambian; los paradigmas científicos se suceden. El amor de Dios, revelado en el Corazón de Cristo, permanece.

Juan nos enseñó esta mañana la única forma de participar de esa permanencia: permanecer en el amor. Una universidad que permanece en el amor de Dios afronta el futuro con confianza. Una comunidad que custodia la humanidad recibida de Cristo puede usar la inteligencia artificial con sabiduría, como servidora de la verdad y de la persona. Un académico, un docente, un estudiante, un funcionario que busca lo que une más que lo que separa, edifica —aquí, en este lugar que fue el inicio de todo— la ciudad donde Dios y la humanidad habitan juntos.

Que el Sagrado Corazón de Jesús, nuestro patrono, guarde esta Universidad. Que desde esta capilla, donde todo comenzó, sigamos siendo la PUCV: una casa de saber al servicio de la vida, de la verdad y del amor.